

su aprobacion. Sin embargo, es á Alí á quien es preciso conceder la palma. La casualidad se habia equivocado haciéndolo nacer en las gradas de su trono; la naturaleza lo habia destinado para una vida de sosiego y de piadosa meditacion, para el cláustro, para una ermita en el desierto. Durante su vida no hizo mas que rezar y ayunar. Naturalmente los faquies no tuvieron de que quejarse, manejaban al monarca como querian, gobernaban el Estado, disponian de todos los empleos y de todos los favores, acumulaban inmensas riquezas (1), en una palabra, recogian el fruto que se habian prometido de la dominacion almoravide y acaso la cosecha escedia á sus esperanzas. Pero si los sucesos las habian justificado, tambien justificaron los temores de los que no querian ni el dominio del clero, ni el de los soldados del Sahara y de Marruecos. Los literatos, los poetas y los filósofos tenian muchos motivos de queja. Verdad es que muchos literatos que habian servido en las cancellerias de los príncipes andaluces, habian obtenido empleos en las

(1) Abd-el-wahid, p. 122.

del nuevo dueño, pero se hallaban fuera de su sitio y poco á sus anchas en medio de sacerdotes fanáticos y rudos capitanes; la comitiva de los príncipes andaluces era muy diferente. Aun en aquellos que para ganar el pan cotidiano, adulaban á los señores almoravides, y les dedicaban libros, se nota cierta triteza mezclada á gran admiración hácia los príncipes literatos que antes habían reinado en Andalucía. Hubo también quien experimentó á veces la necesidad imperiosa de desahogar su bilis, como aquel secretario que habiendo recibido orden de dirigir á nombre del monarca una reprimenda al ejército valenciano que se había dejado batir por el rey de Aragon, cedió á su antipatía hasta el extremo de poner en su carta frases como esta: «Cobardes, infames, ¿huís todos á la vista de un solo caballero? En lugar de caballos que montar, debíamos daros obejas que ordeñar. Ya es tiempo de que os castigemos severamente, que purguemos de vosotros á la Península y que volvamos al Sahara.» Semejante lenguaje, no hay para que decirlo, no agradó al monarca y el secretario fué destituido (1). En cuanto

(1) Abd-el-wa hid. p. 127.

á los poetas, no hallando ya Mecenas, deploraban la decadencia del gusto y maldecía la barbarie que habia invadido su pais (1). Algunos de ellos subsistian trabajosamente, componiendo odas en honor de los faquies, porque por devotos que fueran, no estaban exactos de vanidad y su jefe Ibn-Hamdin tenia mucha. Pretendia pertenecer á la nobleza árabe, la hechaba de príncipe y entre otros versos se hizo componer los siguientes: «Que no se hable del esplendor de Bagdad, ni de la hermosura de la China y de la Persia:—no hay en toda la tierra ciudad como Córdoba, ni hombre que pueda compararse con Ibn-Hamdin (2).» Pero los faquies sin exceptuar á Ibn-Hamdin que era el hombre mas rico de Córdoba (3), pagaban muy mal (4) y además los poetas

(1) Ibn-Khacan en su cap. sobre Abu-Mohamed ibn-al-Djobair ha copiado una sentida epístola que este literato dirigia á Ibn-Hamdin sobre este asunto.

(2) Maccari, t. I, p. 299; compárese con el t. II, p. 360, 331, 472.

(3) «Chron.» «Adef.» «Imper.», c. 91.

(4) «Se vá á acabar el mundo, decia el poeta Ibn-al-Binní, puesto que Ibn-Hamdin nos promete recompensas. Mas fácil es que cojamos las estrellas que su dinero.»—Abd-el-wahid, p. 123.

que se respetaban á sí y á su arte, no querían cantarlos. La pobreza era pues su destino. Ibn-Baki, gracioso poeta, uno de los mejores que ha tenido Andalucía, erraba como un vagamundo falto de pan (1). «A vuestro lado, compatriotas, decia en uno de sus poemas, me encuentro en la pobreza y en la miseria y si mereciera el nombre de hombre libre y digno, ya no estaria aquí. Vuestro jardin no produce frutos, vuestro cielo no dá ni una gota de agua. Yo tengo sin embargo mérito y, si Andalucía no me quiere, el Irac me recibirá con los brazos abiertos. Aquí seria una locura querer subsistir con el talento, pues aquí no hay mas que estúpidos y avaros advenedizos (2).» Un solo consuelo quedaba á los poetas, podian silvar á los poderosos del dia, escribir sátiras llenas de hiel contra los faquies, «esos lobos que se arrastran en las tinieblas y que devoran piadosamente todos los bienes de aquí abajo (3);» pero era, pe-

(1) Véase Ibn-Khacan «apud» Maccari, t. II, p. 590.

(2) Maccari, t. II, p. 303.

(3) Maccari. t. II, p. 303, 305; Abd-el-wahid, p. 123.

ligroso exhalar su cólera de este modo, por que los faquíes sabian castigar á los audaces que se burlaban de ellos. La Filosofía, apenas hay que decirlo, era ciencia prohibida. Malic ibn-Wohaib de Sevilla, tuvo la imprudencia de ocuparse de ella, pero viendo que esponia su vida, la abandonó para entregarse enteramente al estudio de la Teología y al derecho canónico. No tuvo por qué arrepentirse, pues llegó á ser el amigo y el confidente del monarca, sin embargo nunca se le perdonó enteramente la falta que habia cometido en su juventud, y uno de sus enemigos compuso contra él estos versos: «La corte de Alí estaria libre de toda mancha, si el demonio no hubiera hallado medio de meter en ella á Malic Ibn-Wohaib (1),» La intolerancia de los faquíes no tenía límites y sus conocimientos eran muy limitados. Poco versados en el estudio del Coran y de las tradiciones relativas al Profeta, no conocian más que los escritos de los discípulos de Malic que miraban como autoridades infali-

(1) Ibn-abí-Ozaibia, artículo sobre Avempace; Maccari, t. II, p. 322, 323.

bles de las que no era permitido apartarse. Su teología, á decir verdad, no era más que un conocimiento minucioso del derecho canónico. En vano, teólogos un poco más ilustrados, se oponían á su gusto exclusivo para cuestiones y libros en realidad secundarios, se les respondía con persecuciones y se les trataba de heterodoxos, cismáticos é impíos. El libro que el célebre Ghazzalí habia publicado en Oriente con el título de «Vivificación de las ciencias religiosas», causó en Andalucía gran escándalo. No era, sin embargo, un libro heterodoxo. Ghazzalí, á quien no habia satisfecho ningun sistema filosófico, habia caído primero en el escepticismo y no habiendo podido seguir en él, se habia precipitado en el ascetismo y se habia hecho enemigo declarado de la filosofía (1). Así, que afirma, en la Vivificación de las ciencias religiosas, que la metafísica no debe servir más que para defender la religion revelada contra los novadores y la declara supérflua en tiempos de fé verdadera y viva; y en cuanto

(1) Renan, «Alberroes», p. 97 de la segunda edición.

al estudio de la naturaleza, quiere que se abstengan absolutamente de él, si se aperciben que pueda quebrantar la fé (1). Pero predicaba una religion íntima, ferviente, apasionada, una religion del corazon y censuraba enérgicamente á los teólogos de su tiempo que se detenian en la corteza, no ocupándose más que de cuestiones de derecho, útiles solamente para terminar las insignificantes querellas del vil populacho (2). Esto era atacar á los faquies andaluces en su flaco, así que se llenaron de indignacion. El cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, declaró que todos los que habian leído el libro de Ghazzalí eran impíos y condenados, y redactó un fetva en que se decia que todos los ejemplares debian ser entregados al fuego. Este fetva firmada por los faquies de Córdoba, fué presentado al rey Alí que lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Ghazzalí fué quemado en Córdoba y en las demás ciudades del imperio y se prohibió á

(1) Gosche, «Ueber Ghazzalís Leben und Werke» (en las Mem. de la Acad. de Berlin de 1858) p. 258, 290.

(2) Artículo de M. Hitzig sobre la obra de Ghazzalí en el *Díario Asiat. aleman.*, t. VII, p. 173, 175.

todos bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes tener un ejemplar (1).

Se comprende que bajo semejante régimen la suerte de los que vivian fuera de la religion musulmana debia ser intolerable. Hé aquí, por ejemplo, lo que aconteció á los judíos. Un faquí de Córdoba creyó haber hallado un medio excelente para obligarlos á abrazar el islamismo. Pretendió haber encontrado entre los papeles de Ibn-Masarra una tradicion, que decia que los judios se habian comprometido con Mahoma á hacerse musulmanes al fin del siglo V de la Hegira, si el Mesías que esperaban no habia parecido en este intervalo. Evidentemente este faquí no era muy fuerte en la historia literaria, si lo hubiera sido, se hubiera guardado muy bien de decir que habia hallado esta tradicion en los papeles de Ibn-Masarra, puesto que se sabe que la ortodoxia de este sábio era más que sospechosa (2). Pero no se miraba tanto y el rey Yusuf que estaba entónces en España, fué á Lucena (ciudad exclusivamente judía, por que

(1) Abd-el-wahid, p. 111, 234, 132; «Holal», fól. 41 v.

(2) Véase, t. III, p. 26, 27.

ningun musulman podia habitar allí) á fin de obligar á los hebreos á cumplir la promesa hecha por sus antepasados. Gran consternacion entre los judíos de Lucena, pero afortunadamente les quedaba todavía un medio para salir del apuro. En realidad no eran ni su conciencia, ni su fé lo que se quería, sino su dinero. Pasaban por los judíos más ricos del mundo musulman y el gobierno contaba con ellos para salvar el déficit, creado en el tesoro por la abolicion de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban y, en su consecuencia, se dirigieron al cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, suplicándole que intercediera por ellos con su soberano. El cadí no se mostró inexorable, les prometió hablar en su favor y lo hizo. No nos atreveríamos á afirmar que lo hiciera de valde, pero el caso es, que persuadió al rey á contentarse con una suma de dinero. Cierta es que esta suma era enorme, pero en aquellas circunstancias los judíos debieron felicitarse de verse libres por un sacrificio pecuniario (1).

(1) «Holab», fól. 32 r. y v. Consúltese sobre Lucena y su poblacion judia Edrisí t. II, p. 54.

Los cristianos, los muzárabes como los llamaban, tuvieron que sufrir mucho mas; el ódio que los faquíes y el populacho alimentaban contra ellos, era más fuerte y más envenenado. En muchos lugares no formaban más que una pequeña comunidad, pero todavía eran muy numerosos en la provincia de Granada y, muy cerca de la capital, poseían una hermosa iglesia, que había sido edificada en el año 600 por un señor godo, llamado Gudila. Esta iglesia hacía sombra á los faquíes. Fundándose probablemente en la autoridad del califa Omar II, que quiso que no se dejáran en pie en ninguna parte iglesias, ni capillas nuevas ni viejas (1), dieron un fetva que mandaba destruirla; y habiendo recibido este fetva la aprobacion de Yusuf, el sagrado edificio fué demolido hasta los cimientos (1099). Segun toda apariencia, otras iglesias tuvieron la misma suerte; lo cierto es, por lo ménos, que los faquíes vejaron de tal manera á los muzárabes que estos suplicaron, al fin, al rey de Aragon, Alfonso el Batallador que

(1) Véase «Journ. Asiat.,» IV série, t. XVIII, p. 513.

viniera á librarlos del yugo intolerable que sobre ellos pesaba. En Setiembre de 1125 se puso en camino con cuatro mil caballeros, seguidos de sus gentes de armas, que habian jurado todos sobre el Evangelio no abandonarse unos á otros. Su expedicion no tuvo, sin embargo, el resultado que se habian prometido. Verdad es que desvastó la Andalucía durante más de un año, que llegó hasta las puertas de Córdoba y que consiguió una gran victoria en Arnisol, cerca de Lucena; pero habia venido á tomar á Granada y no lo consiguió. En cuanto se marchó el ejército aragonés, los musulmanes castigaron del modo más cruel á los muzárabes. Diez mil de ellos se habian sustraído yá á su furor; conociendo la suerte que le esperaba habian obtenido, de Alfonso, permiso para establecerse en sus Estados, pero todavía quedaban muchos y estos fueron privados de sus bienes, maltratados de todas suertes, presos ó muertos. Sin embargo, la mayor parte fueron trasladados al África, espuestos á insoportables sufrimientos y se los estableció en las cercanías de Salé y de Miquinés (1126). Todo esto se hizo en virtud de un decreto de Alí que el cadí Ibn-Rochd (abuelo del célebre

filósofo Averroes) había provocado (1). Once años más tarde tuvo lugar una segunda deportación de Muzárabes (2), de modo que en Andalucía quedaron muy pocos.

Para muchas gentes, este gobierno era pues, muy duro y muy tiránico. Sin embargo, los cristianos, los judíos, los teólogos musulmanes de la escuela liberal, los filósofos, los poetas y los literatos no formaban todos juntos mas que una minoría. Era, sin contradicción, una minoría muy considerable y de la que era imposible desentenderse, pues formaban parte de ella casi todos los hombres de talento, pero al fin, no era la masa de la población. Lo que esta esperaba del nuevo gobierno, podía formularse de este modo: orden en el interior, protección contra el enemigo fuera, disminución de impuestos y acrecentamiento de la prosperidad pública. ¿Se realizaron estos deseos? Puede decirse que lo fueron durante el reinado de Yusuf y en los primeros años del de su sucesor. Durante este tiempo no se turvó el orden, los caminos estaban se-

(1) Véase mis «Recherches», t. I, p. 343, 360.

(2) «Chron, Adefonsi Imperatoris», c. 64.

guros (1), los Castellanos fueron tan tenidos á raya que no pensaron ya en venir á devastar el interior de Andalucía (2) y, por lo menos al principio, no se echaron contribuciones ilícitas; eran los judíos, como hemos visto, los que debían pagar por los musulmanes, cuando el tesoro se encontraba exhausto. Sin embargo, no nos atreveríamos á afirmar, como lo hace un cronista (3), que no hubiera habido ninguna contribucion extraordinaria, pues se sabe que, una vez al menos Yusuf trató de echar una contribucion de guerra, una «mauna» (ayuda) como se la llamaba. Los Almerienses que no habían mostrado nunca gran parcialidad para los Almoravides, reusaron pagarla y el cadí de esta ciudad Abu-Abdallah ibn-al-Farra, respondió en estos términos á las reprimendas de Yusuf. «Vos me reprendéis, señor, porque no he querido obligar á mis conciudadanos á pagar la «manua» y decis que debe pagarse, puesto que todos los faquies y cadies de Marruecos y de Andalucía lo han decretado así, fundándose en el ejemplo de Omar, el compañero del Profeta,

(1) «Cartás», p. 108.

(2) Abd-el-wahid, p. 114; «Holal», fól. 52 r.; «Chron. Lusit.», p. 326.

(3) Citado en el «Cartás», p. 108.

que han sido enterrado á su lado y cuya justicia jamás se ha puesto en duda. He aquí mi respuesta, oh emir de los musulmanes: Vos no sois compañero del Profeta, ni sereis enterrado en su lado, ni yó sé que vuestra justicia haya dejado de ponerse en duda y si los cadies y faquies os ponen en la misma línea que á Omar, ellos tendrán que responder á Dios de esa opinion temeraria. Omar, por otra parte, no pidió la contribucion de que se trata, sino despues de haber jurado en la mezquita, que no le quedaba ni un solo dirhem en el tesoro; si vos podeis hacer lo mismo, tendreis derecho de pedir una contribucion extraordinaria; si no, nó, Salud (1).» ¿Este altivo lenguaje, dió por resultado que Yusuf renunciara á su designio ó bien persistió en él? No podriamos decirlo, pero nos sentimos inclinados á creer que en el reinado de Alí fueron restablecidas, á menos en parte, las contribuciones ilegales, pues hablando de los Rum (cristianos) á quienes este prín-

(1) Maccarl, t. II, p. 262, 263; Ibn-Kallican, Fac. XII, p. 17, 18. Este cadí de Almeria fué muerto en la batalla de Cutanda (cerca de Daroca) dada en 1120, Maccari, t. II, p. 751.

cipe dió empleos, dice un cronista, (1) que fueron tambien encargados de percibir los «magharam» y ordinariamente se designan con esta palabra los impuestos que no han sido prescritos por el Coran. Sin embargo, la poblacion contribuyó menos que bajo los príncipes andaluces y es natural que, gracias á esta circunstancia y al sosiego de que se gozaba, se acrecentase la prosperidad. Esta fué en efecto muy grande, la prueba es que el pan se vendia muy barato y que podian comprarse legumbres casi de balde (2).

En general, el pueblo no se engañó, solo se equivocó, si habia creido que los Almoravides obtendrian victorias decisivas sobre los cristianos y devolverian á la España musulmana la grandeza y el poder que habia tenido en los tiempos de Abderram III, de Haquem II y de Almanzor. Las circunstancias eran sin embargo favorables, por que despues de la muerte de Alfonso VI (1109), la España cristiana fué por mucho tiempo presa de la discordia y de la guerra civil,

(1) «Holal», fól. 35.

(2) «Cartás», p. 108; «Holal», fól. 33 v.

pero los Almoravides no supieron aprovecharlas. Todos sus esfuerzos para reconquistar á Toledo fueron inútiles, y si bien es cierto que se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, los triunfos que obtuvieron quedaron contrabalanceados con la pérdida de Zaragoza (1118).

El pueblo por lo demás no tuvo mucho tiempo de felicitarse por la revolucion efectuada: gobierno, generales y soldados todo se corrompió con una asombrosa rapidéz.

Los generales de Yusuf, cuando llegaron á España, eran iliteratos, es verdad, pero tambien piadosos, bravos, probos y acostumbrados á la vida sencilla y frugal del desierto (1). Enriquecidos con los tesoros de los príncipes andaluces que Yusuf les habia prodigado, perdieron bien pronto sus virtudes y no pensaron en adelante mas que en gozar tranquilamente de los bienes que habian adquirido (2). La civilizacion de Andalucía fué para ellos un espectáculo enteramente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en ella, toman-

(1) «Holal», fól. 34 r.

(2) Abd-el-wahid, p. 148.

do por modelos á los príncipes destronado. Desgraciadamente tenían la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el tacto y el primor de los Andaluces. Todo llevaba en ellos el sello de una imitación servil y mal hecha. Protegieron á los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros, pero todo esto lo hacian torpemente, sin gracia y sin gusto, hicieran lo que hicieran, siempre quedaron semi-salvajes y no tomaron de la civilización andaluza mas que su lado malo. El cuñado del rey Alí, Abu-Beer ibn-Ibrahim, que fué por algun tiempo gobernador de Zaragoza despues de haberlo sido de Granada, fué por decirlo así, el tipo de esos generales que ensallaron sin gran éxito «andaluzarse», si nos es lícito espresarnos así. Nacido en el Sahara, habia sido criado en los principios régidos y austeros de su nacion, pero en Zaragoza los olvidó para tomar en todo por modelos á los Beni-Hud, antiguos reyes del pais. Estos habian sido gente alegre y él quiso serlo tambien; en consecuencia se rodeó de vividores y cuando bebia con ellos se ponía una corona y un manto real; luego como los Beni-Hud habian sido los protectores de la filosofía y hasta dos de ellos Moc-

tadir y Mutamin habian escrito sobre esta ciencia, quiso él serlo á su vez, y sin cuidarse de lo que digeran su cuñado y los faquies, eligió por amigo, por confidente y por primer ministro á un hombre cuyo nombre no pronunciaban los fieles sino con horror, que no creia en el Coran y que negaba toda revelacion, al célebre filósofo Avempace en una palabra (1). Sus soldados se indignaron tanto que gran número de ellos lo abandonó (2). Sin embargo, los soldados aunque mas ortodoxos, no valian mas que sus jefes. Los que los caracterizaba era su insolencia con los andaluces y su cobardía ante el enemigo. En efecto, su cobardía era tan grande que el rey Alí se vió obligado á vencer su aversion hácia los cristianos y alistar los que su almirante Ibn-Maimun que hacia una verdadera caza de hombres, le traia de las costas de Galicia, de Cataluña, de Italia y del imperio bizantino; (3)

(1) Avempace es una corrupcion de Ibn-Baddaj.

(2) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 980 v. 100 r. (artículo sobre Abú-Becr ibn-Ibrahim); Ibn-Khacan, «Calayid» artículo sobre Avempace.

(3) Véanse sobre estos Rum (que en el fondo eran los que llamaban antes eslavos) la «Chron. Adefonsi Imper», c. 45, 46, 94 y «Holal», fól. 35 r., 58 r., 62 v.

y en cuanto á la insolencia no conocian límites. Trataban á Andalucía como á un pais conquistado y tomaban todo lo que se les antojaba dinero, bienes y mujeres. El gobierno lo toleraba, porque no podia hacer nada. Su debilidad daba lástima. Los faquies habian tenido que ceder el poder á las mujeres ó por lo menos dividirlo con ellas. El rey Alí se dejaba gobernar por su esposa Camar, otras damas gobernaban á su antojo á los altos dignatarios, y por poco que se satisficiera su codicia, podia hacerse todo lo que se quisiera. Hasta los bandidos tenian derecho de contar con la impunidad, si tenian medios de comprar la proteccion de estas damas. Ellas eran las que daban los empleos y por lo comun los concedian á hombres completamente incapaces. En una palabra, el gobierno llegó á ser despreciable y ridículo. Ejército y pueblo se burlaban de él, porque revocaba al dia siguiente las órdenes que habia dado la víspera; los grandes señores aspiraban al trono y se les oía decir que ellos gobernarían mucho mejor que el débil Alí que no sabia mas que rezar y ayunar (1).

(1) Abd-el-wahid, p. 128, 133, 148; «Holab», fól. 58 v., 59 r.

Para colmo de desdichas, estalló en África una terrible rebelion (1121). Fanatizados por un pretendido reformador, que se suponian el Mahdí anunciado por Mahoma, los salvajes habitantes de la cadena del Atlas marroquí, los Almohades (unitarios), como ellos se llamaban, tomaron las armas contra los Almoravides. Para una dinastía ya tan débil y vacilante, semejante golpe debía ser mortal. A excepcion de los cristianos, los soldados de que disponia eran tan malos que, por lo comun, la vista de un solo enemigo bastaba para ponerlos en derrota. Así que el gobierno en su último apuro no sabia que hacer; para prolongar algunos minutos su triste existencia desguarnecia á Andalucía, retirando de ella soldados, armas municiones y víveres (1). Los cristianos no tardaron en apercibirse de ello y en aprovecharlo. En 1125, cuatro años despues del comienzo de la rebelion de los Almohades, Alfonso el Batallador, rey de Aragon, desvastó la Andalucía, como ya hemos visto, durante mas de un año. En 1133, Alfonso VII de Castilla que llevaba el títu-

(1) «Holala», fól. 52 r.

lo de emperador lo mismo que su abuelo Alfonso VI, llevó á sangre y fuego los alrededores de Córdoba, de Sevilla y de Carmona, tomó á Jerez que saqueó y quemó y penetró hasta lo que se llamaba entonces la vuelta de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules (1). No habia hecho mas su abuelo en tiempo de Motamid. Cinco años mas tarde volvió para devastar los alrededores de Jaen, de Baeza, de Úbeda y de Andujar. En 1143, hizo de nuevo la vuelta de Sevilla y de Carmona. Al año siguiente toda Andalucía fué saqueada y quemada desde Calatrava hasta Almería (2).

Despues de haber gozado de algunos años prósperos, el pueblo andalúz habia ganado en la revolucion que saludó con tanto entusiasmo: un gobierno impotente y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal, una pésima policia, porque en las ciudades pululaban los rateros y las campiñas estaban infestadas de ladro-

(1) «Chron Adefonsi Imper», c. 13, 16. Sobre la Vuelta de Cádiz ó columnas de Hércules, veanse mis «Recherches», t, II, p. 328 y el Apéndice número XXXV.

(2) «Chron Adef. Imper», c. 60, 82, 88.

nes, la paralización casi completa del comercio y de la industria, la carestía de los víveres, por no decir el hambre, en fin, invasiones mas frecuentes que lo habian sido nunca y que tendian desgraciadamente á multiplicarse aun (1). Todas las esperanzas habian salido fallidas y ahora maldecian á aquellos Almoravides en quienes habian visto antes los salvadores del pais y de la religion. En el año de 1121, se sublevaron los Cordobeses contra la soldadesca que estaba de guarnicion en la ciudad y que se entregaba á todo género de excesos sin que el gobierno lo impidiera. Estos bárbaros fueron expulsados y sus casas saqueadas. Entonces el rey Alí, llegó á Andalucía con una nube de Africanos; jamás ejército tan considerable habia desembarcado en España. Pero los Cordobeses puestos en el último extremo estaban resueltos á defenderse con el valor quedá la desesperacion. Cerraron las puertas é hicieron barricadas en las calles. El combate, sin embargo, hubiera sido demasiado desigual, y los fauques se interpusieron para evitar la efusion de sangre. Esta vez,

(1) Compárese el «Holal,» fól. 52 r.

apesar de su habitual servilismo, tomaron partido por sus conciudadanos contra el poder. Declararon en un fetva que la rebeldía de los Cordobeses era justa y legítima, puesto que no habían tomado las armas mas que para defendèr sus bienes, sus mugeres y su vida. Allí cedió como de costumbre á los faquies y, despues de algunos parlamentos los Cordobeses se comprometieron á pagar una multa en indemnizacion de lo que habían saqueado y destruido (1). En otras ciudades el descontentos crecia de continuo y aunque el pasado no hubiera sido brillante, se le echaba de menos y se deseaba volver á él, tan sombrío é insoportable era el presente. Podemos convencernos de esto, leyendo el mensaje que los Sevillanos enviaron en 1133 á Saif-ad-dáula hijo del último rey de Zaragoza que se encontraba en el ejército de Alfonso VI cuando este estaba antes las puertas de la ciudad. «Dirigios al rey de los cristianos, le mandaron á decir, arreglaos con él y haced de modo que quedemos libres del yugo de los Almoravide. Una vez que lo seamos, pagaremos al rey

(1) «Holal,» fól. 35 v. 36 r.

de Castilla un tributo mas considerable que el que nuestros padres pagaban á los suyos y vos y vuestros hijos reinareis sobre nosotros (1).» Once años despues la medida se habia colmado y desplomándose el imperio por todas partes se decia en las calles y en las mezquitas: «Los Almoravides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mugeres y nuestros hijos, ¡sublembemosnos contra ellos, echémoslos, matémoslos!» Y otros decian: «Primero debemos hacer alianza con el emperador de Leon, le pagaremos un tributo como hacian nuestros padres.—Sí, sí, gritaban por todas partes, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los Almoravides.» Y se pedia la bendicion de Dios sobre los proyectos que se habian formado (2) y toda Andalucía se levantaba como un solo hombre para aniquilar á sus opresores, con los cadies y los faquies á su cabeza, pues es sabido, que el clero ha contado rara vez el reconocimiento en el número de sus virtudes.

(1) «Chron. Adef. Imp.», c. 16.

(2) «Chron, Adef. Imper.», c. 89.

No vamos á referir ni la historia de esta revolucion, ni la conquista de España por los Almohades que habian derrotado á los Almoravides en Marruecos. La tarea que nos habiamos impuesto era diseñar la Historia de la Andalucía independiente y si, al echar una rápida ojeada sobre el período en que este pais no fué mas que una provincia de otro imperio, hemos excedido los límites de nuestro asunto, es por que hemos creido de nuestro deber mostrar que Andalucía cuando se entregó á los Almoravides estuvo muy lejos de ser dichosa y que llegó hasta echar de menos á sus príncipes indígenas á quien ella habia calumniado tanto y á quien habia abandonado y vendido en la hora del peligro.

Un solo deber nos resta para concluir, contar la historia de Motamid durante su cautividad.

XV.

Sean las que quieran las virtudes de Yusuf—los faules afirmaban que habia tenido muchas—no se contaba entre ellas la magnanimidad hacia los vencidos. Su conducta con los príncipes andaluces que habia hecho prisionero fué odiosa y cruel. Verdad es, que los dos nietos de Badis fueron tratados de una manera conveniente: recobraron la libertad á condicion de no salir de Marruecos y recibieron un sueldo bastante considerable de modo que Abdallad pudo dejar una buena fortuna á sus hijos. Es que Yusuf tenia para estos príncipes que eran de su nacion, un flaco, y eran ade-

más hombres incapaces, de los que no tenía nada que temer y que lo adulaban (1). En cuanto á los otros principios ya hemos visto cual fué la suerte de Motawakkil, de Fadhl y de Abbas; la de Motamid aunque no le quitaron la vida, no fué menos deplorable.

Después de la toma de Sevilla, se dió orden de llevarlo á Tánger. En el momento de embarcarse consus mugeres y con sus hijos, una multitud inmensa cubria las riberas del Guadalquivir para darles el último adios. El poeta Ibn-al-labbana en una de sus elegías ha descrito esta escena en estos términos:

Vencidos después de una valerosa resistencia, los príncipes fueron metidos en un navío. La multitud llenaba las riberas del río, las mugeres estaban sin velos, y en su dolor se arañaban el rostro. ¡Qué de gritos, qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ya? ¡Véte de aquí extranjero! recoge tus bagajes y haz tus provisiones, porque la casa de la generosidad ya se ha quedado desierta. Tú que tenias intencion de establecerte en este

(1) Véase Ibn-al-Khatib, man. E. artículo sobre Abdallah[ibn-Bologguin.

valle, sabe que la familia que tú buscabas ya no está allí, y que la sequía ha destruido nuestra cosecha. Y tú caballero del soberbio séquito, depon tus armas que no te servirían de nada, porque el leon ha abierto ya su boca para devorarte (1).

Cuando Motamid llegó á Tánger, donde permaneció algunos dias, el poeta Hozri que habitaba allí y que habia pasado algun tiempo en la córte de Sevilla, le envió poemas compuestos en su honor; de ellos uno solo era nuevo, y en este Hozri pedia un regalo, aunque debia saber que no estaba en estado de hacerlo. En efecto, el ex-rey de Sevilla no habia conservado de todas sus riquezas mas que treinta y seis ducados que habia escondido en su bota y que sus pies habian manchado de sangre: pero tal era su generosidad que no vaciló en sacrificar este último recurso; lió los ducados en un pedazo de papel y añadiéndoles una poesía en la que se excusaba por la exigüedad del regalo los envió á Hozri. Este mendigo sin vergüenza no tuvo siquiera la atencion de darle las gracias, y cuando los otros poetastros de Tánger y de sus

(1) «Abbad», t. I, p. 59, 61.

cercanias supieron que Motamid hacia todavía regalos, acudieron en gran número á presentarle sus versos. Pero ¡ay! ya no tenía nada que dar, y con esta ocasion dijo:

Los poetas de Tánger, los de la Mauritania entera, se esfuerzan en hacer versos y quisieran recibir alguna cosa del cautivo. Mas bien seria él, el que tendria que pedirles una limosna; ¡qué maravilla, qué maravilla! Si el pudor que hay en el fondo de su alma, si la altivéz que le legaron sus abuelos no se lo impidiera, él rivalizaría con ellos, él mendigaria tambien, él, que antes cuando se acudia á su generosidad repartia el oro á manos llenas (1).

De Tánger se le condujo á Mequinéz. En el camino se encontró una procesion que hacia rogativa por la lluvia y con esta ocasion compuso estos versos:

Viendo á esas gentes que iban á implorar la lluvia: «Mis lágrimas, les dije, la sustituirán.—Tienes razon me respondieron, tus lágrimas son bastante abundantes para ello; pero están mezcladas de sangre.» (2)

(1) «Abbad», t. I, p. 313, 314; t. II, p. 71, 175, 232; Abd-el-wahid, p. 101, 102.

(2) «Abad», t. I, p. 383.

En Mequinéz permaneció muchos meses, (1) hasta que Yusuf mandó trasladarlo á la ciudad de Aghmat, no lejos de Marruecos. Mientras que se le hacia andar este trayecto, su hijo Rachid á quien se habia negado á ver, porque, por un motivo que ignoramos, estaba enfadado con él, le dirigió para apaciguarlo estos versos:

Escudo de la lluvia protectora, señor de la generosidad, protector de los hombres, el mayor favor que pudierais concederme seria permitirme contemplar un instante tu noble rostro que alegre y brillante podria servirnos, la noche de antorcha, ei dia de sol.

Motamid le respondió con estos:

Yo era el émulo de la lluvia bienhecho-
ra, el señor de la generosidad, él protec-
tor de los hombres cuando mi mano dere-
cha prodigaba los dones en el dia de la dis-
tribucion de los regalos, ó quitaba la vida
á los enemigos en el dia del combate, y
cuando mi izquierda tenia la brida que su-
jetaba el corcel, asustado con el ruido de las
lanzas. Pero ahora yo me hallo en poder de
la cautivídad y de la miseria, me asemejo

(1) Abd-el-wahid, p. 102.

á una cosa sagrada que ha sido profanada á un ave á quien se han cortado las alas. Ya no puedo responder al ruego del oprimido, ni del pobre. La alegría de mi rostro á que estabas acostumbrado se ha cambiado en sombría tristeza; los pesares no me permiten pensar en alegrías; hoy todas las miradas se apartan de mí, cuando antes todas me buscaban (1).

En Aghmat llevó en la prision una existencia triste y dolorosa. El gobierno se ocupaba de él para mandar, ya que se le pusieran cadenas, ya que se las quitaran, pero no se tomaba el mismo cuidado de su subsistencia. Así, que vivía con su familia en la última miseria. Para subvenir á sus necesidades su muger y sus hijas se vieron obligadas á hilar. Él buscaba consuelo en la poesía. Así que cuando vió, desde la estrecha ventana de su calabozo, una bandada de esas ligeras aves á quienes los árabes dan el nombre de «catá» y que son una especie de perdices, dijo:

Yo lloraba viendo pasar cerca de mí una turba de «catás,» ellos eran libres, ellos no conocían ni la prision, ni la cadena. No era

(1) «Abbad», t. II, p. 73, 74.

por envidia por lo que lloraba, sino porque yo hubiera querido hacer lo que ellos, por que entónces yo hubiera podido ir á donde quisiera; mi dicha no se hubiera desvanecido, mi corazon no estaria lleno de dolor, yo no lloraria por la pérdida de mis hijos. ¡Cuán felices son! no están separados uno de otro, ninguno experimenta el dolor de estar lejos de su familia, no pasan como yo la noche en horribles angustias, cuando oigo rechinar en la puerta de la prision los cerrojos ó la cerradura. ¡Ay! ¡Dios les conserve á sus hijuelos, los míos carecen de agua y de sombra! (1)

Yá eran versos acerca de su pasada grandeza, sobre los magníficos palacios, testigos ántes de su felicidad, sobre los hijos que le habian muerto y con ocasion de la fiesta de la ruptura del ayuno, estò:

Otras veces las fiestas te ponian alegre, pero la fiesta que te halla cautivo en Aghmat te pone triste. Tú ves á tus hijas cubiertas de harapos y muertas de hambre; hilan para los que las pagan, por que no poseen yá nada en el mundo. Vienen á abrazarte fatigadas, destrozadas por el trabajo y con los ojos bajos. Caminan descalzas por el

(1) «Abbad», t. I, p. 68.

lodo de las calles, como si no hubieran marchado otras veces sobre almizcle y alcanfor. (1) Sus hundidas mejillas atestiguan la miseria y las lágrimas las han surcado... Lo mismo que con ocasion de esta triste fiesta ¡Diosquiera que no vuelva para tí!) tú has roto el ayuno, tu corazon tambien ha roto el suyo; tu dolor mucho tiempo contenido ha estallado al fin. Antes cuando tú mandabas, todos te obedecian; ahora tú mismo estás reducido á recibir órdenes. Los reyes que se complacen en su poder se dejan engañar por un sueño (2).

La infeliz Romaiquia no estaba hecha para una vida tan dura y cayó peligrosamente enferma. Motamid se entristeció mucho y tanto más, cuanto que no habian en Aghmat nadie á quien se atreviera á confiar el cuidado de curarla. Felizmente el célebre Abu-'l-Alá Avenzoar (3) que en los últimos años de su reinado habia sido médico de su corte y á quien habia devuelto los bienes de su abuelo, que Motadhid habia confiscado (4), se hallaba entónces en Marruecos. Es-

(1) Alusion á la aventura que hé referido antes p. 172, 173.

(2) «Abbad», t. I, p. 63, 74.

(3) Ibn Zohr en árabe.

(4) Véase Maccari, t. II, p. 293.

cribióle suplicándole que se encargara de la curacion de la enfermedad de Romaiquia. Avenzoar le prometió venir, pero como en su carta habia deseado á Motamid una larga vida, le envió estos versos dándoles las gracias:

Me deseas una larga vida, pero como puede desearla un preso? ¿No es preferible la muerte á una vida que trae sin cesar nuevos tormentos? Otros pueden tener este deseo, porque tienen esperanza de encontrar la dicha, mas el único deseo que yo puedo tener es encontrar la muerte. ¿He de querer vivir para ver á mis hijas sin vestidos y sin zapatos? Ellas son ahora las siervas de la hija de un hombre cuyo empleo era anunciar mi venida cuando me presentaba en público, apartar las gentes que se oprimian á mi paso, contenerlas cuando atestaban el patio de mi palacio, galopar á derecha y á izquierda cuando pasaba revista á mis tropas y tener cuidado de que ningun soldado saliese de sus filas (1). Sin embargo, la súplica que has hecho tiene una buena intencion y me ha hecho mucho bien. ¡Dios te lo pague Abu-'l-Alá, tú eres un hombre de

(1) Entre las mujeres que habian traído hizo que hilar á las hijas de Motamid, se hallaba la hija de un «arif.» ó ugiel del ex-rey de Sevilla.

corazon! Ignoro cuando será cumplido el voto que yo hago; pero me consuelo con la idea que, todo tiene término en este mundo (1).

Lo que algunas veces le proporcionaba un consuelo momentáneo eran las cartas y las visitas de los poetas á quienes en otro tiempo habia colmado de beneficios. Muchos de ellos hicieron el viaje á Aghmat; entre otros Abu-Mohamed Hidjarí, que por un solo poema habian recibido de él tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió. Motamid le confesó que se habia equivocado en llamar á Yusuf á Andalucía. «Al hacerlo, dijo, cabé mi propia fosa.» Cuando el poeta vino á despedirse para volverse á Almería donde habitaba, Motamid quiso todavía hacerle un regalo apesar de la exigüidad de sus medios, pero Hidjarí tuvo la delicadeza de reusarlo é improvisó estos dos versos:

Os juro que no aceptaré nada de vos, ahora que el destino os ha herido de un mo-

(1) Abd-el-wahid, p. 109.

do tan cruel y tan injusto. Lo que me disteis otras veces es muy suficiente, aunque vos mismo lo hallais olvidado (1).

Pero el mas leal y el más asiduo de estos amigos era Ibn-al-labbana y una vez que fué á Aghmat, trajo buenas noticias de Andalucía. Los ánimos, decía, están conmovidos. Los patricios, que nunca quisieron la dominacion de Yusuf se agitaban y conspiraban para volver á poner á Motamid en el trono (2). Decía bien, el descontento era muy grande en las clases ilustradas y el gobierno no tardó en tener las pruebas. Así que tomó medidas de precauciones hizo prender á muchas personas sospechas, especialmente en Málaga pero los conjurados de esta ciudad, cuyo gefe era Ibn-Khalaf, patricio muy considerado, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para escaparse de la cárcel y se hicieron dueños de Montemayor (3). No tardó Abd-al-djabbar, hi-

(1) «Abbad», t. II, p. 147, 149.

(2) Véase el poema de Ibn-al-labbana, «Abbad», t. I, p. 319, 320 y mi comentario «ibid», p.366 y sig.

(3) Montemayor cesca de Marbella, es lo que los Españoles llaman un despoblado, un lugar deshabitado.

jo de Motamid que se habia quedado en Andalucía con su madre y á quien el pueblo tomaba por Radhí, (el que habia sido asesinado en Ronda) en presentarse á ellos que lo hicieron su jefe, y todo parecia marchar á medida de sus deseos. Un navío de guerra que se perdió en las cercanías del castillo les suministró víveres, municiones y armas. Algeciras se declaró por ellos lo mismo que Arcos y habiendo ido á esta última ciudad, en 1095, Abd-al-djabbar, comenzó á hacer rázzias que llegaban hasta las mismas puertas de la antigua capital del reino de sus abuelos (4).

La primera noticia de la rebelion de su hijo causó á Motamid profundo dolor. Le asustaba la temeridad de la empresa y temia para Abd-al-djabbar un destino tan cruel como habia sido el de mucho de sus hijos; pero no tardaron estos sentimientos en dejar lugar á la esperanza; entreveia la posibilidad de volver á su país y de reconquistar su trono (5) y no lo ocultaba á sus amigos. Escribiendo, por ejemplo, al poeta

(4) «Abbad», t. II, p. 228, 229; t. I, p. 64.

5) «Abbad», t. I, p. 66.

Ibn-Hamdis que se habia vuelto á Mahdia despues de haberlo visitado, le envió un poema, que comenzaba de este modo:

«La cátedra en la mezquita y el trono en el palacio, lloran al cautivo que el destino ha arrojado á las playas africanas,»

y en la cual decia:

«¡Oh! yo quisiera saber, si volveré á ver mi jardin y mi lago en aquel noble país donde crecen los olivos, donde arrullan las palomas, donde los pájaros hacen oír sus dulces gorgoros (1).»

Ibn-al-labbana alimentaba sus esperanzas. La víspera de volverse á Andalucía habia recibido de Motamid veinte ducados y dos piezas de tela: le devolvió este regalo y entre los versos que le envió con esta ocasion se encuentran estos:

¡Todavía un poco de paciencia! Pronto me llenarás de felicidad, porque volverás á subir al trono. El dia en que vuelvas á tu palacio me elevarás á las mas altas dignidades. Tú superarás entonces al hijo de Merwan en generosidad y yo superaré á Djarir

(1) «Abbad», t. I, p. 63.

en talento (1). Prepárate á lucir de nuevo: un eclipse de luna no es nunca de mucha duracion (2).

Cargado de cadenas—porque Yusuf habia ordenado volvérselas á poner, «habia rugido el leoncillo y se temia el bote del leon»—Motamid vivia así de esperanzas, no enteramente infundadas: el partido de Abd-al-djabbar era numeroso é inspiraba al gobierno graves inquietudes; supo mantenerse durante mas de dos años y no estaba domado aun, cuando Motamid murió despues de una larga enfermedad (3) (1095) á la edad de cincuenta y cuatro años (4).

El ex-rey de Sevilla fué enterrado en el cementerio de Aghmat. Algun tiempo despues con ocasion de la fiesta de la cesacion

(1) Dejarir era el poeta favorito del califa Abelmelic hijo de Merwan.

(2) «Abbad», p. 310, 311.

(3) «Abbad» t. I, p. 71.

(4) La rebellion de Abd-al-djabdar comenzó en 1093, á los dos años, hizo este príncipe su entrada en la ciudad de Arcos. Allí fué sitiado por Sir, gobernador de Sevilla. Fué muerto por una flecha, pero sus partidarios no se rindieron, sino algun tiempo despues. Véase «Abbad», t. II, p. 228 y tomo I, p. 64, 65.

del ayuno, el poeta andaluz Ibn-Abd-az-zamad dió siete veces la vuelta alrededor de su tumba á ejemplo de los peregrinos que dan la vuelta á la Caba; luego se arrodilló, besó la tierra que cubria los restos mortales de su bienhechor y recitó una elegia. Conmovidá por su ejemplo, la multitud dió también la vuelta á la tumba á la manera de los peregrinos, lanzando gemidos prolongados (1).

«Todo el mundo ama á Motamid, dice un historiador del siglo XIII, todo el mundo tiene piedad de él y hoy se le llora todavía (2),» En efecto, ha llegado á ser el mas popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, su bravura, su espíritu caballerezco, le hicieron amar de los hombres cultos de las generaciones subsiguientes; las almas sensibles se sentian interesadas por su inmenso infortunio; al vulgo le entretenian sus aventuras romancescas y, como poeta, fué admirado hasta por los Beduinos que, respeto al lenguaje y á la poesia, pasaban por jueces mas severos y competentes que los habitantes de las ciudades. He aquí

(1) «Abbad», t. I, p. 71.

(2) Ibn-al-Abbar, «Abbad», t. II, p. 63.

por ejemplo lo que se refiere sobre este asunto:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano que viajaba por el desierto, llegó á un campamento de Beduinos Lakhmitas. Habiéndose aproximado á una tienda y pedido hospitalidad á su dueño, éste, gozoso de poder practicar una virtud que su nacion aprecia infinito, le acogió con gran cordialidad. Ya habia pasado el viajero dos ó tres dias con su huesped, cuando una noche despues de haber intentado en vano conciliar el sueño, salió de la tienda á respirar el aliento de los céfiros. Hacía una noche serena y admirable, dulces y regaladas brisas templaban el calor. En un cielo sembrado de estrellas, se adelantaba la luna, lenta, majestuosa, iluminando con su luz al desierto augusto que hacia resplandecer como un espejo y que ofrecia la imágen mas acabada del silencio y del reposo. Este espectáculo recordó al sevillano un poema que su antiguo soberano habia compuesto y comenzó á recitarlo. El poema era este:

Habiendo estendido la noche las tinieblas á guisa de un inmenso velo, yo bebia á la

luz de las antorchas el vino que centelleaba en la copa, cuando de pronto se mostró la luna acompañada de Orion. Se la hubiera creído una reina soberbia y magnífica que quería gozar de las bellezas de la naturaleza y que se servía de Orion como de un dosel. Poco á poco venían á rodearla á porfía otras brillantes estrellas; la luz aumentaba á instante y en la comitiva las Pleiadas parecía el estandarte de la reina. Lo que ella es allá arriba, yo lo soy aquí bajo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hermosas jóvenes de mi serrallo cuya negra cabellera se parece á la oscuridad de la noche, mientras que sus copas resplandecientes son estrellas para mí. Bebamos amigos míos, bebamos el jugo de la viña, mientras que estas hermosas acompañándose con la guitarra, van á cantarnos sus melodiosas coplas (1).

Luego recitó el Sevillano un largo poema que Motamid había compuesto para apaciguar el enojo de su padre irritado por el desastre que había sufrido en Málaga su ejército á consecuencia de la negligencia de su hijo que lo mandaba.

Apenas hubo concluido, cuando la tela

(1) «Abbad», t. I, p, 40

de la tienda, ante que se hallaba por casualidad, se levantó, y un hombre que se hubiera reconocido desde luego por el jéque de la tribu, nada mas que en su aspecto venerable, apareció á su vista y le dijo con esa elegancia de diction y esa pureza de acento, por que siempre han sido famosos los Beduinos y de las que están orgullosos en estremo:

—¿Dime, ciudadano, á quien Dios bendiga, de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como la yerbecilla que la lluvia acaba de regar; ya tiernos y suave como la voz de una jóven de collar de oro, ya vigorosos y sonoros como el grito de un jóven camello?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucía y se llamaba Ibn-Abbad, respondió el extranjero.

—Supongo, replicó el jéque, que ese rey reinaria en un pequeño rincon de tierra y podria por consiguiente consagrar todo su tiempo á la poesia; por que cuando se tiene otras ocupaciones no se tiene tiempo para componer versos como esos.

—Perdonadme, este rey reinaba sobre un gran pais.

—¿Y podriais decirme á que tribu pertenecía?

—Seguramente; era de la tribu de Lakhm.

—¿Qué decís, era de Lakhm? ¡Entonces era de mi tribu!

Y entusiasmado con haber encontrado una nueva ilustracion para su tribu, el jé-que, en un raptó de entusiasmo, comenzó á gritar con voz de trueno:

—Arriba, arriba; gentes de mi tribu! Alerta, alerta!

Y en un abrir y cerrar de ojos todos estuvieron en pié y vinieron á rodear á su jé-que, que, viéndolos reunidos, les dijo:

—Escuchad lo que acabo de oír y retened bien lo que acabo de grabar en mi memoria; por que és un título de gloria que se os ofrece á todos vosotros, un honor de que teneís el derecho de estar orgullosos. Ciudadano, recitadnos una vez más, yo os suplico, los poemas de nuestro primo.

Cuando el Sevillano hubo satisfecho este deseo y todos los Beduinós admirado los versos con el mismo entusiasmo que su jé-que, éste les refirió lo que habia oído decir al extranjero, respecto al origen de los Beni-Abbad, sus aliados y sus parientes,

puesto que descendian tambien de una tribu lak'hmita que recorria en otro tiempo el Desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas donde las arenas separan el Egipto de la Siria, y luego les habló de Motamid, poeta unas veces gracioso, otras sublime, el heróico caballero, el poderoso monarca de Sevilla. Cuando hubo concluido, todos los Beduinos ébrios de gozo y de orgullo, montaron á caballo para entregarse á una brillante «fantasía» que duró hasta los primeros albores de la aurora. Enseguida el jéque eligió veinte de sus mejores camellos y se los dió de regalo al extranjero. Todos siguieron su ejemplo en la medida de sus facultades y antes que el sol hubiera aparecido del todo, el Sevillano se encontró dueño de un centenar de camellos. Despues de haberlo acariciado, cuidado, festejado y honrado de todos modos, apenas consentian en dejarle marchar aquellos generosos hijos del Desierto, cuando llegó el momento de ponerse en camino, tan querido se habia hecho para ellos el que sabia recitar los versos del rey poeta á quien llamaban primo suyo (1).

(1) «Abbad», t. II, p. 66, 67.

Cerca de dos siglos y medio despues, cuando la España musulmana antes tan escéptica, hacia mucho tiempo que se habia hecho devota, un peregrino con su bordon y su rosario recorria el territorio de Marruecos á fin de conversar con los piadosos cronistas y visitar los santos lugares. Este peregrino era el célebre Ibn-al-Khatib, primer ministro del rey de Granada. Habiendo llegado á la pequeña ciudad de Aghmat, se dirigió al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa bajo un otero cubierto de loto. A la vista de estas dos tumbas destrozadas por la vejez y el abandono, el visir granadino no pudo contener sus lágrimas é improvisó estos versos:

He venido á Aghmat para cumplir un piadoso deber, para arrodillarme sobre tu tumba, ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado conocerte vivo y cantar tu gloria, á tí, que escedias á todos los reyes en generosidad, á tí, que brillabas como una antorcha en las tinieblas de la noche? Séame lícito al menos saludar respetuosamente tu tumba. La elevacion del terreno la distingue de las del vulgo: habiendo sobresalido entre los demás durante tu vida, sobresales tambien entre los que duermen á tus piés el sueño eterno. ¡Oh sultan entre los vivos y sul-

tan entre los muertos! nunca vieron los siglos pasados otro igual á tí, ni creo que han de ver los siglos futuros rey que te se parezca (1).

Motamid no fué ciertamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivía más que para el placer, lo hubiera sido difícilmente, aun cuando su natural indolencia y ese amor á las cosas exteriores que son la dicha y la enfermedad de los artistas no se lo hubiesen impedido. Pero niuguno atesoró en su alma tanta sensibilidad, tanta poesía. El menor suceso de su vida, la menor alegría ó el menor pesar tomaban al punto en él formas poéticas y se podria escribir su biografía ó al menos su vida íntima nada mas que con sus versos, revelaciones del corazon en que se reflejan esas alegrías y esas tristezas que el sol ó las nubes de cada dia traen ó se llevan consigo. Luego tuvo la fortuna de ser el último rey indígena que representara digna, brillantemente, una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron ó poco menos bajo la domina-

(1) «Abbad», t. II, p. 222, 223.

cion de los bárbaros que habian invadido el pais. Túvose por él una especie de predileccion como por el más jóven, como por el Benjamin de esa numerosa familia de príncipes poetas que habian reinado en Andalucía. Se le echaban de menos más que á todos los demás, casi con exclusion de todos los demás, lo mismo que la última rosa de la primavera, los últimos dias hermosos del otoño, los últimos rayos del sol que se pone, son los que inspiran el mas vivo sentimiento.

NOTAS DEL AUTOR.

NOTA A, pág. 31.

Algunos autores hacen morir á Yahya en el año 427 de la Hegira y otros en el año 429. El relato de Ibn-Haiyan muestra que la primera fecha es la verdadera. Este autor trae las mismas palabras de que se sirvió un soldado berberisco de Carmona, *Aba-'l-Fotuh* (ó *Abu-'l-Fath*) *Birzeli*, que se encontraba entre los que fueron á Sevilla á la fiesta de los sacrificios del año 426 (es decir, en el último mes de aquel año) y que *en el mes siguiente, en el de Moharram de 427*, tomó parte en el combate que la caballería sevillana dió á Yahya á las puertas de Carmona y que terminó con la muerte de éste. No hay pues, duda alguna sobre el año y el mes de la muerte de este príncipe, pero no podemos señalar el día. *Abd-el-Wahid* dice: domingo, siete días después del principio de Moharram (es decir el día 8 de este mes) del año 427, pero el 8 de Moharram de 427 cae en miércoles y no en domingo.

Por lo demás, el relato de Ibn-Haiyan muestra también que en lugar de decir que Hixem II fué proclamado de nuevo califa en Córdoba *en el mes de Moharram* de 429, Ibn-al-Athir (*Abbad.*, t. II, p. 84, l. 9) hubiera debido decir: *en el mes de Moharram* de 427, por que puesto que Ibn-Djahwar consintió solo en hacerlo porque temia ser atacado por Yahya (*Abbad.*, t. I, p. 222, l. 28) debió haberlo hecho necesariamente antes de la muerte de este príncipe.

Ibn-Khaldum (*apud* Hoogvliet, p. 28; yo he corregido el texto de este pasaje en mis *Recherches*, t. I, de la 1.^a edicion, p. 215, nota) se ha equivocado gravemente al hablar del papel que Mohamed Ibn-Abdallah representó en esta época.

NOTA B, pág. 107.

Ibn-Khacan pretende que Ibn-Abd-al-barr escribió esta carta á Motadhid por órden de Mowaffac Abu'l-djaich, es decir, de Modjehid príncipe de Denia. Pero habiendo muerto éste en 436 de la Hégira y habiendo ocurrido la toma de Silves en 443 ó en el año siguiente, debe haber algun error en este aserto. La fecha de la toma de Silves no puede ser dudosa. Esta ciudad debió ser conquistada después de las tomas de Niebla y de Huelva en 443 (véase *Abbad.*, t. I, p. 252 y compárese con el t. II, p. 210) y antes de la de Santa María en 444 (véase *Abbad.*, t. II, p. 210, última línea y p. 123). Además, Motamid que no nació hasta el año 431 no podia mandar

el ejército de su padre antes de 436, época de la muerte de Modjehid. Creo pues, que Ibn-Khacan habría debido nombrar á Ali, hijo y sucesor de Modjehid ó quizás á algun otro príncipe.

NOTA C, pág. 117.

Las circunstancias especiales de este relato se encuentran en un pasaje de Ibn-Bassaim (*Abbad.*, t. I, p. 250, 251) donde hay dos ó tres faltas que corregir. Nowairí (*ibid.*, t. II, p. 129, 130) trae tambien buenas noticias; solo que este cronista sin hablar de inexactitudes de menor importancia, se equivoca en nombrar á Carmona en lugar de Ronda. Los relatos de Ibn-Khaldun (*ibid.*, t. II, p. 210, 214, 215) me parecen confusos é inexactos, sobre todo en lo que concierne á los nombres propios y á las fechas.— Véase tambien á Ibn-Haiyan en mi introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 86.

NOTA D, pág. 230.

Al tratar de este período no me he servido del libro que lleva el título de *Raudh al-mitar* (*Abbad.*, t. II, p. 236 y sig.) Maccari que ha dado de él largos extractos, parece darle importancia por que es de un autor español, pero este español no es de los antiguos y no hace más que copiar á un escritor asiático. Esto es lo que resulta de comparar el artículo sobre Yusuf Ibn-Techafin en Ibn-Khallican, don-

de se hallan largos pasajes de una biografía de Yusuf, intitulada *al-Moribansirati meliki 'l-Maghríb* y que fué escrita en Mozul en 1183, porque estos pasajes se encuentran textualmente en el *Raudh al-mítar*, de modo que es seguro que el autor de esta última obra ha copiado al anónimo de Mozul. Pero cuando se trata de historia de España es preciso desconfiar casi siempre de los relatos escritos en Asia. Estos relatos, como ya he tenido ocasion de observar en otra parte (1) provienen ordinariamente de viajeros, de mercaderes, de noticieros y no es estraña á ellos la fantasía, ántes por el contrario, juega muchas veces gran papel. El que nos ocupa no es una escepcion de la regla general: escrito en un estilo extremadamente sentencioso y que descubre en el autor la pretension de querer rivalizar con los antiguos sábios del Oriente, contiene muchas cosas inverosímiles en sí mismas y de las que los cronistas españoles no saben nada.

NOTA E. p. 249.

Las crónicas latinas si se exceptúa el *Chronicon-Luzitanum* (*Esp. Sagr.*, t. XIV, p. 418, 419) no entran en ningun detalle acerca de la batalla de Zallaca y entre los cronistas árabes que hablan muy es-

(1) *Recherches*, t. I, p. 184 y sig.

tensamente de ella (1), hay pocos que merezcan entera confianza. Algunos se equivocan hasta esta fecha. La fecha verdadera, viérnes 12 Redjeb de 479, se encuentra en el *Holal* (*Abbad.*, t. II, p. 197) y en el *Cartás* (p. 98) donde se lee que este día corresponde al 23 de Octubre (de 1086) lo que es cierto (compárense con los *Annales Complut.*, p. 314, 315); pero otros autores se engañan no solo en el más (pues que lo llaman Rama:han en vez de Redjeb) sino tambien en el año. Abd-el-wahid (p. 93 y 94) por ejemplo, cita el año de 480, é Ibn-al-Cardibus (*Abbad.*, t. II, p. 23) el de 481. Es un fenómeno muy estraño, pues se trata de una batalla celebérrima y pues que en Andalucía se decia el año de Zallaca en lugar del 479 (2), pero el hecho es que en ninguna de las crónicas que nos quedan han sido compuestas por contemporáneos, son del siglo XIV, del XIII ó todo lo más del XII, y por consiguiente merecen poca confianza. Júntese á esto que en la época en que escribian, los retóricos se complacian en componer cartas que suponian escritas por personajes históricos. Este hecho no puede ser puesto en duda, pues existen pruebas concluyentes. El autor del *Holal* por ejemplo, trae la carta que Motamid escribió á su hijo Rachid la noche después de la bata-

(1) *Abbad.*, t. II, p. 8, 21, 23, 36, 39, 134, 136, 196, 201; *Cartás*, p. 94, 98; Abd-el-wahid, p. 93, 94; Abu-'l-Haddjadj *apud*, Ibn-Khallican Fasc. XII, p. 16, 17.

(2) Ibn-Khallican, Fasc. VII; p. 135.

lla. No tiene más que dos renglones (véase *Abbad.*, t. II, p. 199), pero el autor del *Raudh al-mitar* (*ibid.*, t. II, p. 248) la trae también y ya es diferente. Por último, otra tercera se encuentra en Ibn-al-Khatib (*ibid.*, t. II, p. 176) y esta no tiene menos de quince líneas. Es pues, absolutamente preciso que dos de estas cartas sean de fábrica moderna, acaso lo sean todas tres. La prudencia ordena pues, estar prevenidos contra los pretendidos documentos oficiales que ofrecen estas crónicas; creo, deber confesar que dudo de la autenticidad de la mayor parte de las cartas que trae el *Holal* y que el boletín en que Yusuf refiere la batalla de Zallaca y que se encuentra en el *Cartás* me parece muy sospechoso.

NOTA F, pág. 278 y 282.

Tengo que justificar la cronología que he adoptado en este relato. A mi juicio Yusuf vino por segunda vez á España en la primavera del año 483 de la Hegira, 1090 de nuestra era, tres años y medio después de la batalla de Zallaca, sitió á Aledo durante el verano y se apoderó de Granada en Noviembre. Sin embargo, Abu-'l Haddjadj Baiyasi (citado por Ibn-Khallican en su artículo sobre Yusuf), el autor del *Cartás* y el del *Holal* traen otra cronología; suponen que Yusuf vino por segunda vez á España en el año de 481 (1088) que sitió á Aledo (1) en aquel

(1) *Alaet* en Pelayo de Oviedo (c. 11,) que cuenta esta ciudad entre las que conquistó Alfonso *Halaet* en los *Gesta Roderici*. En vez de: «Fué la batalla de Da-

año, que en el otoño volvió á África, que volvió á España por tercera vez el año 483 (1090) y que entonces se apoderó de Granada (2).

Contra esta manera de ver, debo observar, primero, que los autores que lo han adoptado no son muy antiguos (Abu-'l-Haddadj Baiyasi escribía en el siglo XIII y el *Cartás* lo mismo que el *Holal* son del siglo siguiente), luego están muy léjos de ser siempre exactos (3) y por último, que no están de acuerdo entre sí cuando tratan de señalar el mes. Así, el autor del *Cartás* afirma que Yusuf llegó por segunda vez á España en el mes de Rebi 1.º de 481 (Junio de 1088) mientras que Baiyasi dice que llegó en el mes de Redjeb, es decir en Setiembre ú Octubre.

Por otra parte, los autores mas antiguos y los mas dignos de fé, los del siglo XII, están de acuerdo en poner el sitio de Aledo y la toma de Granada en el mismo año, es decir, en el de 483, (1090). Ibn-Casim de Silves, por ejemplo, que escribió una historia muy estimada de Motamid (4) de que Ibn-al Abbar nos ha conservado fragmentos, dice expresamente que Aledo fué sitiado por Yusuf y los príncipes audalu-

laedon» que se encuentra en los *Annal. Toled.* I. (p. 386), creo deber leer: «Fué la batalla de Alaedo» ó bien «de Halaedo».

(2) El autor del *Cartás* hablaba con esta ocasion de un sitio de Toledo; creo que es un grave error.

(3) Esta censura cae especialmente sobre el autor del *Cartás*.

(4) Véase *Abbad*, t. II, p. 92.

ces en el año de 483 (1). Mohamed ibn-Ibrahim (2) atestigua que cuando Yusuf llegó á España por segunda vez, sitió á Aledo y se apoderó de Granada. Ibn-al-Cardabus en su *Kitab al-ictifá* (3) dice lo mismo y añade (4) que cuando Yusuf vino por tercera vez á España, se estaba en el año de 490. (1097). A estos testimonios ciertamente respetabilísimos podríamos añadir el de Ibn-al-Athir (5), solo que este historiador que escribía en Mozal y que por consiguiente no estaba siempre bien informado de la historia de España se equivoca cuando dice que el sitio de Toledo y la toma de Granada ocurrieron un año despues de la batalla de Zallaca, es decir en 480 (1087).

En cuanto á la fecha precisa de la toma de Granada, el historiador Ibn-az-Zairafi citado por Ibn-al-Khatib (10), dice que ocurrió este suceso el Domingo 14 de Redjeb del año 483. Esta fecha tiene dos objeciones: primero, el 14 de Redjeb (26 de Agosto) caía no en domingo, sino en juéves y en segundo lu-

(5) *Abbad*, t. II, p. 121 (cf. 122, l. 3).

(6) *Abbad*, t. II, p. 8, 9.

(7) *Abbad*., t. II, p. 26, l. 12. Al publicar este pasaje, yo hecho mal en cambiar la leccion del manuscrito que es buena; en *alghazwa* debe entenderse la expedicion contra Aledo.

(8) *Man.*, fól. 162 v.

(9) *Abbad*., t. II, p. 39.

(1) En sus artfculos sobre Motamid (*Abbad*., t. II, p. 179) y sobre Abdallah ibn-Bologguin.

gar, es imposible que Yusuf se hubiera apoderado de Granada en el mes de Agosto, porque habiendo llegado á España en la primavera sitió á Alledo durante cuatro meses (1) y hasta la aproximacion del invierno, como asegura el autor del *Cartás*. En vez de: domingo 14 de Redjed, creo que debe leerse: domingo 14 de Ramadhan, es decir, 10 de Noviembre. El 14 de Ramadhan cayó efectivamente en domingo, en el año de 483 y estos dos meses se confunden con frecuencia. Muchos autores por ejemplo, dicen que la batalla de Zallaca, ocurrió en el mes de Ramadhan de 479, mientras que se dió en el mes de Redjed. Podria suceder que en este tiempo se sirvieron tal cual vez de abreviaturas para indicar los meses, y en este caso podian facilmente confundirse los meses de Redjreb y Ramadhan que tienen la misma inicial. Nada se opone por lo demás al cambio que he propuesto. Baiyasí y el autor del *Cartás* dicen que Yusuf se embarcó antes del fin de Ramadhan, es decir, antes del 26 de Noviembre. Pero en el espacio de diez y seis dias bien podia recibir la visita de los príncipes andaluces y hacer el viaje de Granada á Algeciras.

(1) *Cartás*, p. 99. El autor del *Holal* dice, durante un mes; pero como se queria hacer sufrir hambre á los sitiados y hasta cierto punto se consiguió, el sitio debió durar mucho mas tiempo.

CRONOLOGÍA
DE LOS
PRÍNCIPES MUSULMANES
DEL SIGLO XI.

Sevilla.—Los Beni-Abbad.

Abu-'l-Casim Mohammed ibn-Ismael
(el cadí) 1023—1042
Abu-Amr Abbad ibn-Mohammed (a)

(a) El distinguido profesor de Árabe de la Universidad Central, en su Estudio Histórico-Crítico sobre las monedas de los Abbadies de Sevilla, p. 122, dice así: «Hemos indicado al principio de nuestro trabajo, siguiendo á Mr. Dozy, que Al-Motadhid, despues de la toma de Algeciras, desembarazado de la guerra, habia hecho pública la muerte de Hixem II, y le habia dado honrosa y solemne sepultura; los autores no precisan la fecha de este suceso, como no determinan casi ninguna otra; Mr. Dozy ha creído deber referirlo hácia el año 450. Si el hecho hubiera tenido lugar en esta época, no se comprende cómo Al-Motadhid siguió acu-

<i>Motadhid</i>	1042—1069
Abu-'l-Casim Mohammed ibn-Abbad,	
<i>Motamid</i>	1069—1091

Córdoba.—Los Beni-Djahwar.

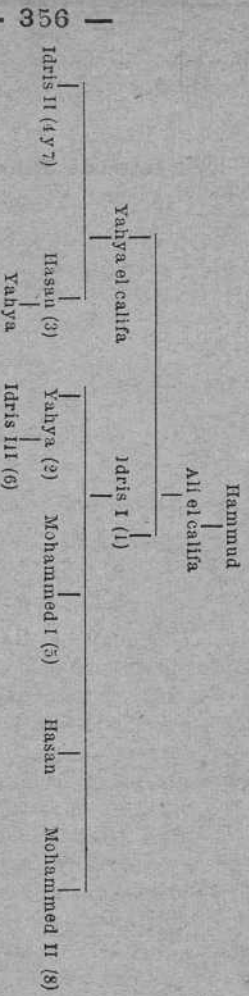
Abu-'l-Hazm Djahwar ibn-Mohammed ibn-Djahwar.	1031—1043
Abu-'l-Walid Mohammed ibn-Djahwar war	1043—1064
Abdelmelic	1064—1070

Se anexiona Córdoba al reino de Sevilla.

ñando moneda á nombre de Hixem: nos inclinamos á creer que la manifestacion de la muerte de éste no tuvo lugar hasta los últimos tiempos del reinado de Al-Motadhid: y para creerlo así, además del testimonio de las monedas, nos apoyamos en el de Ebn Al-Atsir, que termina la relacion del reinado de Al-Motadhid con estas palabras:

«Y cuándo Ebn-Abbad hizo pública la muerte de Hixem Al-Mwayyad, y se ensoberbeció por el dominio de Sevilla y de lo que está unido á ella, permaneció de este modo hasta que murió de una angina que le sobrevino á dos noches pasadas del mes de Chumada postrero del año 461.»

Los Hammuditas (b) de Málaga.

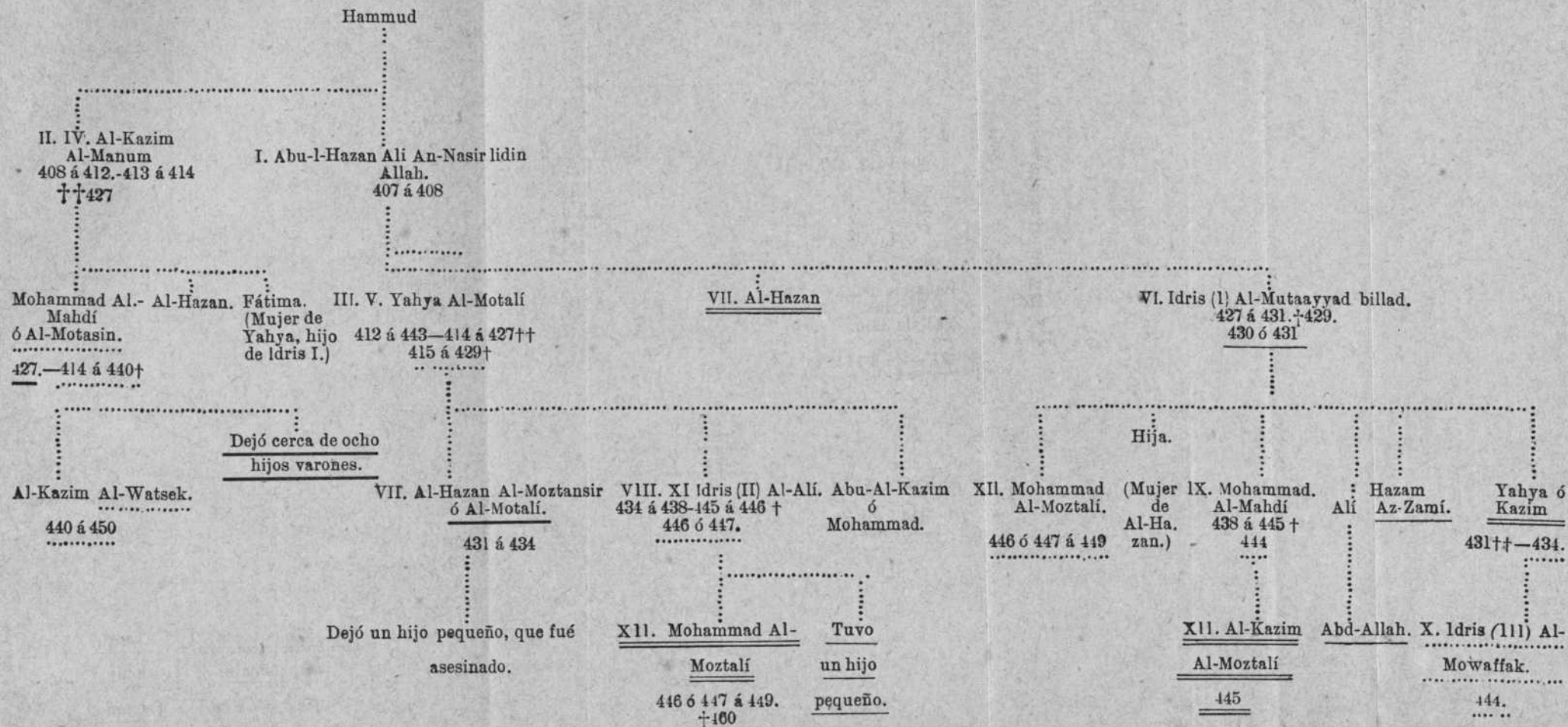


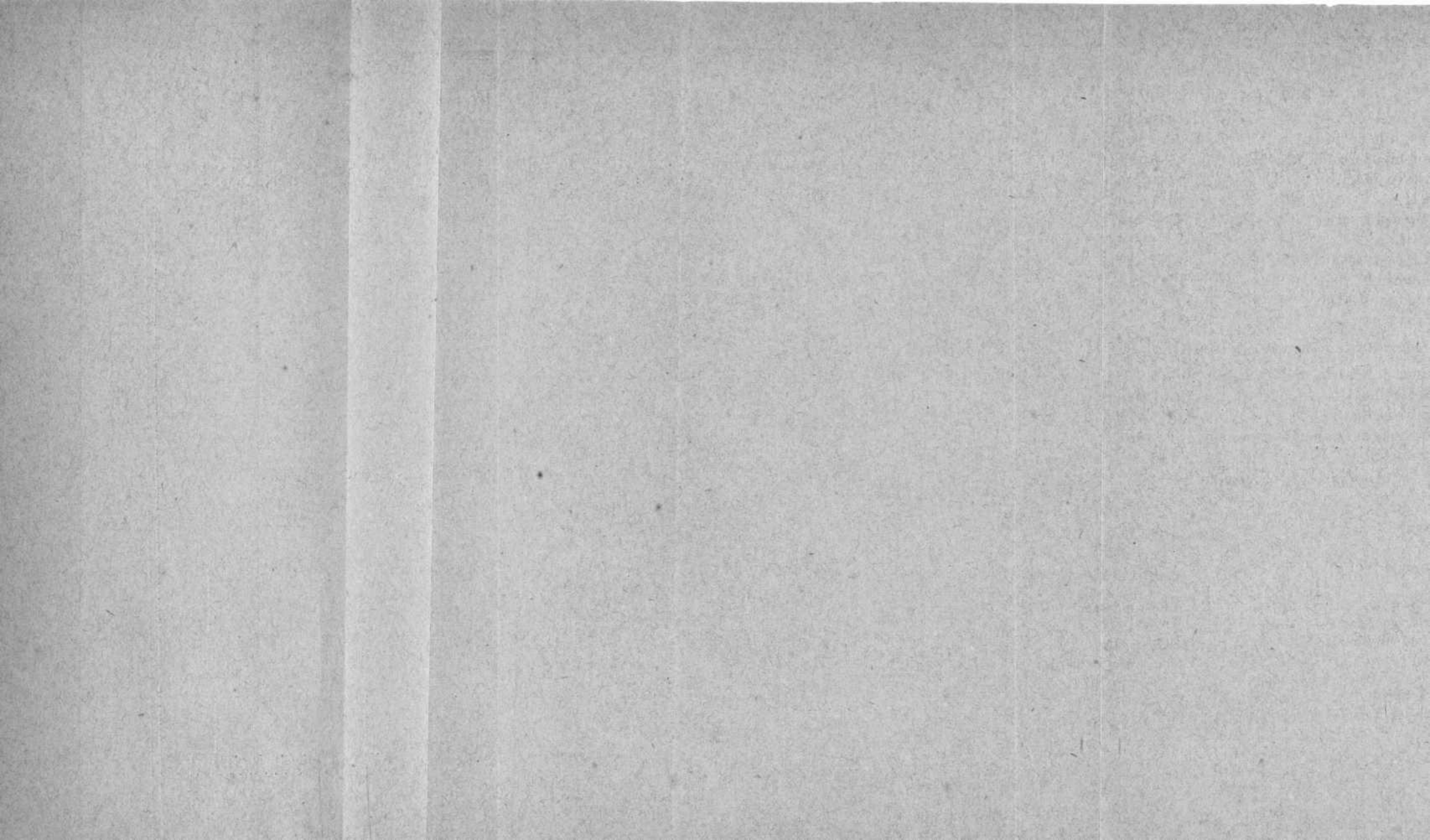
(b) Así, Dozy. La Academia ha aceptado, aunque no creemos que con buena elección, la palabra *Hammudites*, que no es desinencia usada de patronímicos.

Méjor derivación hubiera sido la de *Hammudites* ó Beni-Hammud por eso conservarnos la del texto, aunque tampoco nos satisface enteramente, en este y otros casos análogos hasta que el uso dé su supremo fallo.

CUADRO GENEALÓGICO DE LOS HAMMUDÍES DE MÁLAGA Y ALGECIRAS.

Los números romanos indican el orden de sucesion en el califato; algunos, como los de los números VII y XII, están repetidos, porque los AA. les dan diferente ascendencia: otros tienen dos números, porque reinaron dos veces; † es igual á *murió*; †† á *fué muerto*: los datos que no tienen nota alguna están tomados de Ebu Al-Atsir: los subrayados, de Abde-l-Wahid; los marcados con dos=====del C. de Castiglioni, y los marcados con puntos, de Al-Markkari.





1	Idris I.	1035—1039
2	Yahya, hijo de Idris I.	1039
3	Hasan, hijo del califa Yahya ibn-Alí	1039—1041
	El Esclavo Nadja.	1041—1043
4	Idris II.	1043—1047
5	Mohammed I, segundo hijo de Idris I	1047—1053
6	Idris III.	1053
7	Idris II, por segunda vez.	1053—1055
8	Mohammed II, cuarto hijo de Idris I	1055—1057
	Málaga se anexiona al reino de Granada.	

Los Hammuditas de Algeciras.

Mohammed, hijo del califa Casim	
ibn-Hammud.	1035—1048 (9)
Casim, su hijo.	1048 (9)—1058
Algeciras se anexiona al reino de Sevilla (c).	

Granada. Los Beni-Ziri.

Zawi ibn-Zirí.	hasta 1019
Habbus.	1019—1038
Badis.	1038—1073
Abdallah.	1073—1090

(c) Para que pueda servir de objeto de comparacion á los estudiosos ponemos á continuacion el cuadro genealógico de los Hammudies de Málaga y de Algeciras tomado del Estudio-Crítico que sobre la Historia y Monedas de los mismos ha publicado el distinguido profesor de Árabe de la Universidad Central Don Francisco Codera: (Véase el cuadro adjunto).

Carmona. Los Beni-Birzel.

Segun Ibn-Khaldun (*Abbad*, t. II, p. 216), la lista de los príncipes sería:

Ishac.

Abdallah, su hijo.

Mohammed ibn-Abdallah. . . hasta 1042 (3)

Al-Aziz Mostadhhir. 1042 (3)—1067

Segun Ibn-Haiyan (*apud* Ibn-Bassam, t. I, fol. 78. r.)

Ibn-Abdallah (es decir, Mohammed ibn-Abdallah) gobernaba á Carmona cuando Hixem III reinaba en Córdoba.

1029—1031

y á creer al mismo autor (*ibid.* fol. 109 r.) que merece mucha más confianza que Ibn-Khaldun, Mohammed ibn-Abdallah tuvo por sucesor:

Isáhac su hijo que reinaba en 1050.

Parece que Ibn-al-Abbar (en mis *Recherches*, t. I, p. 286 de la 1.^a ed.) se equivoca cuando dice que Mohammed ibn-Abdallah vivia todavia en 1051.

Ronda.

Abu-Nur ibn-abi-Corra. 1014 (5)—1053

Abu-Nazr, su hijo. 1053

Ronda se anexiona al reino de
Sevilla.

Moron.

Nuh. 1013 (4)—1041 (2)

Abu-Menad Mohammed, su
hijo. 1041 (2)—1053

Moron se anexiona al reino de
Sevilla.

Arcos.

Ibu-Kazrun. hasta 1053

Arcos se anexiona al reino de
Sevilla.

Huelva. Los Becritas.

Abud-Zaid Mohammed ibn-
Aiyub. después de 1011 (2)

Abu-'l-Mozab Abdalaziz. . . hasta 1051

Huelva se anexiona al reino
de Sevilla.

Niebla. Los Beni-Yahya.

Abu-'l-Abbas Ahmed Ibn-Yah-
ya Yahzobí. 1023—1041 (2)

Mohammed, su hermano.

Fath ibn-Khalaf ibn-Yahya, so-
brino de los precedentes. . hasta 1051

Niebla se anexiona al reino de
Sevilla.

Ibn-al-Abbar (en mis *Recher-
ches*, t. I, p. 287 de la 1.^a ed.)
dá al último de los príncipes

de Niebla los nombres de Yahya ^{ibn}-Ahmed ^{ibn}-Yahya. Yo he creído deber seguir á Ibn-Khaldun (*Abbad.*, t. II, p. 211) Ibn-Haiyan (*apud* Ibn-Bassam, t. I, fol, 108 v.) lo llama: Fath ^{ibn}-Yahya.

Silves. Los Beni-Mozain.

Abu-Beer Mohammed ^{ibn}-Said
^{ibn}-Mozain. 1028—1050
Abu-'l-Azbagh Isa. hasta 1051 (2)
Silves se anexiona al reino de Sevilla.

Santa María de Algarve.

Abu-Othman Said ^{ibn}-Harvon 1016—1043
Mohammed, su hijo 1043—1052
Santa María se anexiona al reino de Sevilla.

Mértola.

Ibn-Taifur hasta 1044
Mértola se anexiona al reino de Sevilla.

Badajoz.

Sabur.

En seguida Los AFTÁSIDAS:

Abu-Mohammed Abdallah ^{ibn}-Mohammed ^{ibn}-Maslama *Almanzor* I.

Abn-Becr Mohammed <i>Modhaf-</i> <i>far</i>	hasta 1068
Yahya <i>Almanzor</i> II.	
Omar <i>Motawakkil</i>	hasta 1094

Toledo.

Yaich ibn-Mohammed ibn- Yaich.	hasta 1036
En seguida Los BENI-DHI-'N- NUN:	
Ismael <i>Dhafir</i>	1036—1038
Abu-'l-Hasan Yahya <i>Mamun</i> .	1038—1075
Yahya ibn-Ismael ibn-Yahya <i>Cadir</i>	1075—1085

Zaragoza.

Mondhir ibn-Yahya el Todji- bí (1).	hasta 1039
En seguida Los BENI-HUD:	
Abu-Aiyub Soliman ibn-Mo- hammed MOSTAIN I.	1039—1046 (7)
Ahmed <i>Moctadir</i>	1046 (7)—1081
Yusof <i>Mutamin</i>	1081—1085
Ahmed <i>Mostain</i> II.	1085—1110
Abdelmelie Imad-ad-daula. . .	1110

(1) Un relato muy circunstanciado de Ibn-Haiyan (*apud*, Ibn-Bassam. t. I, fól. 47 r. y v.) demuestra que he tenido razon en decir (véanse mis *Recherches*, t. I, Apéndice núm. XVII) que no hubo en Zaragoza mas que un solo rey de esta familia, Mondhir, y que fué este príncipe y no su hijo, el que fué asesinado en 1039.

La Sahla (su capital Albarracin). Los Beni-Razin.

Abu-Mohammet Hodhail I ibn-Khalaf ibn-Lope ibn-Razin despues de	1011
Abu-Merwan Abdelmelie I ibn-Khalaf, su hermano.	
Abu-Mohammed Hodhail II Izz-ad-daula, hijo del precedente.	
Abu-Merwan Abdelmelie II Hosam-ad-daula.	hasta 1103
Yahya.	

Alpuente. Los Beni-Casim.

Abdallah I ibn-Casim el Fihrita, Nidham-ad-daula.	hasta 1030
Mohammed Yomn-ad-daula.	
Ahmed Adhod-ad-daula.	hasta 1048 (9)
Abdallah II Djanah-ad-daula, hermano del precedente.	1048 (9)—1092

Valencia.

Los Esclavos Mobarac y Mordhaffar (d).

(d) Tomamos del Est. Crít. sobre la Hist. y Mon. de los Hammudies antes citado, los siguientes datos sobre estos monarcas, que, apesar de haber sido reyes al principio del sig^o V de la Hegira, apenas son mencionados por casi ningun historiorador: el único que hasta ahora sepamos que habla de ellos es Ibn-Bassam, en el M S. de D. Pascual Gallangos. Primero fueron esclavos de Mojarech el Amirí que á su vez debió serlo de Almanzor ó de su hijo Abdelmelie al-Mo-

El Esclavo Lebib, señor de Tortosa (e).	
Abdalaziz <i>Almanzor</i>	1021—1061
Abdelmelic <i>Modhaffar</i>	1061—1065
Reunion de Valencia al reino de Toledo.	
Mamun (de Toledo).	1065—1075
Valencia se separa de Toledo.	
Abu-Ber ibn-Abdalaziz,	1075—1085
El cadí Othman, su hijo.	1085
Cadir (el ex-rey de Toledo).	1085—1092
Valencia se constituye en re-	

taffir á cuyo poder pasaron luego. Antes del 401 en que entraron al servicio del wazir Abderraman ben-Yazir, parece, aunque de todo esto no hay gran seguridad por ser muy incorrecto el manuscrito, eran walís ó encargados de la acefufa de Valencia. El año 407 ya debian haberse declarado señores de esta ciudad como consta de la moneda que con el núm. 8 aparece en dicho Catálogo, advirtiéndolo que en ella Mobarac ocupa el lugar preferente, siendo tambien citado antes por Ibn-Bassam, quien, en su *Dzajira*, t. III., trae unos versos del poeta Abu-Obadah, dedicados á estos personajes, que, á ser cierta la interpretacion que los señores Gayango y Cordera dán á uno de los epítetos que se le aplican, debian ser negros. No consta la fecha de su muerte, sabiéndose solo que los valencianos se rebelaron, robaron el palacio de Mobarac y proclamaron á Lebid-el de Tortosa.

(e) En monedas de Zaragoza y Tortosa se leé el nombre *Lebil*, en Ibn-Khaldum, M. S. del Sr. Gayangos, se leé *Nabil*.

pública. Ibn-Djahhaf presidente. 1092—1094

Dénia.

Abu-'l-djaich Modjehid Mowaf-fac. hasta 1044 (5)

Alí Jebal-ad-daula. 1044 (5)—1076

Es destronado por Moctadir de Zaragoza. Reunion de Dénia al reino de Zaragoza.

Moctadir (de Zaragoza). 1076—1081

Moctadir divide sus Estados entre sus dos hijos. El que se llamaba el *hadjib* Mondhir recibe á Lérida, Tortosa y Dénia.

El *hadjib* Mondhir. 1081—1091

Su hijo bajo la tutela de los Beni-Betyr.

Murcia.

Khairan (de Almería). 1016 (7)—1028

Zohair (de Almería). 1028—1038

Abdalaziz Almanzor (de Valencia). 1038—1061

Abdelmelie Modhaffar (de Valencia). 1061—1065

Bajo estos tres príncipes, Abu-Beer Ahmed *ibn-Tahir* es gobernador de Murcia. Muere en.

1063

Le sucede su hijo, Abu-Abde-

ramen Mohammed.	1063—1078
Motamid (de Sevilla).	
Ibn-Ammar.	
Ibn-Rachic.	hasta 1090
Almería.	
Khairan.	hasta 1028
Zohair.	1028—1038
Abdalaziz Almanzor (de Valencia).	1038—1041
En seguida LOS BENI-ZOMADIH:	
Abu-'l-Ahwaz Man.	1041—1051
Mohammed Motacim.	1051—1091
Izz ad-daula.	1091

LISTA DE LAS OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS
DE QUE EL AUTOR SE HA SERVIDO (1).

Abbad. Scriptorum Arabum loci de Abbadidis
editi á R. Dozy, Leiden 1846.

(1) He creído deber poner esta lista, porque he citado mis documentos de una manera muy sucinta y muchos de ellos se hallan en colecciones. No nombro aquí los libros que no cito más que una ó dos veces, porque he tenido cuidado de indicar en el curso de la obra la edicion ó el número cuando se trataba de manuscritos.

Abd-el-wahid, *The History of the Almohades etc.*, ed. by R. Dozy, Leiden, 1847.

Abu-Imael al-Bazri, *Fotuh as-Cham*, éd. Lees, Calcuta, 1854, en la Biblioteca Indica.

Abu-'l-mahasin, *Annales*, ed. Juynboll. Leiden, 1852 y sig.

Aghaní. *Alii Ispahanensis Liber Cantilenarum magnus*, ed. Kosegarten. Greifswalde, 1840.

Ahmed ibn-abi-Jacob, *Kitab al-boldan*, man. de M. Muchilinski en San-Petersburgo. M. Juynboll hijo, acaba de publicar una edicion de esta obra.

Akhvar madjmua, man. de Paris, n.º 706. Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 10-12. Yo tengo una copia de este manuscrito.

Alvaro, *Vita Eulogii*, en la *Esp. sagr.*, t. X: *Epistolae*, *Indiculus lumninosus*, en la misma obra, t. XI.

Annales Complutenses, en la *Esp. sagr.*, t. XXIII.

Annales Compostellani, en la *Esp. sagr.* t. XXIII.

Annales Toledanos, en la *Esp. sagr.*, t. XXIII.

Arib. *Historia de Africa y España*, titulada *al-Bayano 'l-mogrib*, por Ibn-Adharí (de Marruecos) y fragmentos de la Crónica de Arib, puebl. por R. Dozy, Leiden, 1848 y sig.

Berganza, *autigüedades de España*. Madrid. 1719.

Cartás. *Annales regum Mauritanice ab Abu-l-Hasam Alf ben-Abdallah ibn-abi-Zer' Fesano conscripti*, ed. Tornberg. Upsal, 1846.

Cazwiní, *Cosmografia*, éd. Wüstenfeld. Gættingue 1848.

Chahrastaní,⁵ Historia de las sectas, éd. Cureton. Londres, 1842.

Chronicon Adefonsi Imperatoris, en la Esp. sagr. t. XXI.

Chronicon Albeldense, en la Esp. sagr. t. XIII.

Chronicon Burgense, en la Esp. sagr. t. XXIII.

Chronicon de Cardeña, en la Esp. sagr. t. XXIII.

Chronicon Complutense, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Chronicon Compostellanum, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Chronicon Conimbricense, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Chronicon Iriense, en la Esp. sagr., t. XX.

Chronicon Lusitanum, en la Ep. sagr., t. XIV.

Edrisi, Geografía, traducida por Jaubert.

España sagrada, por Florez, Risco etc 2.^a edición. Madrid, 1754—1850. 47 vol.

Eulogio. Sus obras se hallan en Schot, Hispania illustrata, t. IV, p. 170.

Hamasa. Hamasœ Carmina ad. Freytag. Bonn, 1828.

Historia Compostelana, en la Esp. sagr., t. XX.

Holal. Historia de Marruecos, man. de Leiden n.º 24. Compárese con Abbad., t. II, p. 182 y sig.

Homaidí, Diccionario biográfico, man. de Oxford, Hunt 464.

Ibn-abi-Ozaibia, Historia de los médicos. He hecho copiar el capítulo relativo á los médicos árabes españoles por el manuscrito de París n.º 678, supl. ar. y M. Wright ha tenido la bondad de anotar

al margen de esta copia las variantes de los dos man. de Oxford, Hunt. 171 y Pocock 356.

Ibn-Adhari. Véase Arib.

Ibn-al-Abbar, en mis noticias sobre algunos manuscritos árabes. Leiden, 1847—1851.

Ibn-al-Athir, man. de París. M. Tornberg ha tenido la bondad de prestarme su copia.

Ibn-al-Cutia, man. de París n.º 706. Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 28—30. Poseo una copia de este manuscrito.

Ibn-al-Khatib, al-Jhata fi tarikhi Gharnata, y el compendio de esta obra: Marcaz al-ihata bi-odabai Gharnata. B. man. de Berlin; E. man. del Escorial (muchos artículos de este man. han sido copiados para mí por el Sr. Simonet); G. man. del Sr. Gayangos; P. man. de París. Véase Abbad., t. II, p. 169—172, y mis Recherches, t. I, p. 293, 294.

Ibn-Badrún, comentario histórico sobre el poema de Ibn-Abdún, publ. por R. Dozy. Leiden, 1846.

Ibn-Bassam, Dhakhira. T. I.º M. Julio Mohl posee este volumen y ha tenido la bondad de prestármelo. Este manuscrito pertenece al mismo ejemplar del tercer volumen que se encuentra en Gotha.—T. II, man. de Oxford, núm. 779 del Catálogo de Urí.—T. III, man. de Gotha, núm. 266. El Sr. Gallangos posee también un manuscrito de este volumen del que M. Wright me he hecho el obsequio de coleccionar para mí los pasajes de Ibn-Haiyan citados por Ibn-Bassam.—Véase sobre Ibn-Bassam y en Dhakhira, Abbad., t. I, p. 189 y sig. y el Journ.

asiat., febrero-marzo de 1861.

Ibn-Batuta, Viajes, ed. Defremry y Sanguinetti. París, 1853 y sig.

Ibn-Cotaiba, ed. Wüstenfeld. Göttingue, 1850.

Ibn-Habib. Véase Tarikh.

Ibn-Haiyan, man. de Oxford, Bodl. 509, Catal. de Nicoll, núm. 137. La copia que poseo de este man. ha sido hecha para mí por la de M. Wright. Véase también Ibn-Bassam.

Ibn-Hazm, Tratado sobre las religiones, man. de Leiden, n.º 480.—

Tratado sobre el amor, man. de Leiden, n.º 927.

Ibn-Khacan, Matmah, man. de Londres y de San Petersburgo.—

Calayid, man. de Leiden, núms. 306 y 35.

Ibn-Kaldun, Prolegómenos, ed. de Quatremére, en las Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque impériale, t. XVI, XVII y XVIII.—Tomo II, (Historia de los Omeyas de Oriente) man. de Leiden, n.º 1350, t. II.—Tomo IV (Historia de España) man. de París, n.º $\frac{742}{4}$ supl. ar., y de Leiden, n.º 1350, t. IV.—Historia de los Berberiscos, ed. de Slane; traducción francesa del mismo.

Iztakhri, Liber Clímatum, ad similitudinem Cod. Gothani exprimendum curavit Møller. Gotha, 1839.

Idatii Chronicon en la Esp. sagr., t. IV.

Isidoro de Beja, en la Ep. sagr., t. VIII. Consúltense mis Recherchos, t. I, p. 2 y sig.

Isidoro de Sevilla, *Historia Gothorum*, en la *Esp. sacr.*, t. VI.

Khochahí, *Historia de los Cadíes de Córdoba*, man. de Oxford, n.º 127 del Catálogo de Nicoll. Tengo una copia de este manuscrito.

Llorente, *Noticias de las tres Provincias Vascongadas*. Madrid, 1806.

Lucas de Tuy, *Chronicon mundi*, en Schot, *Hispania illustrata*, t. IV.

Maccari. *Analectas de la historia y literatura de los Árabes Españoles por al-Maccari*, publ. por M. M. Dozy, Dugat, Krchl. y Wright. Leiden, 1855—61.

Manuscrito de Meyá en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. IV.

Masudi, *Moradj ad-dheheb*, man. de Leiden núms. 127 y 537 *d.*

Mobarrad, Camil, man. de Leiden n.º 587. Véase mi Catálogo, t. I, p. 204, 205.

Mon. Sil. *Monachi Silensis Chronicon*, en la *Esp. sacr.*, t. XVII.

Na wawi, *Diccionario biográfico*, ed. Wüstenfeld. Gættingue, 1842—47.

Notices sur quelques manuscrits árabes, por R. Dozy. Leiden, 1847—51.

Nowairí, *Historia de España*. Cito las páginas del man. de Leiden, n.º 2, *h*, pero he confrontado cuidadosamente el man. de París, n.º 645 que es mucho mejor y que llena muchas lagunas.

Paulus Emeritensis, De vita P. P. Emeritensium, en la Esp. sagr., t. XIII.

Pelayo de Oviedo, en la Esp. sagr., t. XIV.

Raihan al-albab, man. de Leiden n.º 415. Véase mi Catálogo, t. I, p. 268, 269.

Razi, traduccion española. Crónica del Moro Rasis, en las Memorias de la Academia de la Historia, t. VIII. Consúltese mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 24, 25.

Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen âge, par R. Dozy. 1.ª edicion, Leiden, 1849, 2.ª edicion, Leiden 1860.

Rodrigo de Toledo, De rebus Hispanicis, en Schot, Hispania illustrata, t. II. La mejor edicion de su Historia Arabum se encuentra en Elmacini Historia Sarracénica, ed. Erpenius.

Sampiro, Chronicon, en la Esp. sagr., t. XIV.

Samson, Apologeticus, en la Esp. sagr. t. XI.

Sebastian. Sebastiani Chronicon, en la Esp. sagr., t. XIII.

Sota, Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria. Madrid, 1681.

Tabarí, Annales, ed. Kosegarten.

Tarik Ibn-Habib, man. de Oxford, Catálogo de Nicoll n.º 127. Consúltense mis Recherches, t. I, p. 32 y sig.

Vita Beatæ Virginis Argenteæ, en la Esp. sagr., t. X.

Vita Johannis Gorziensis, en Pertz, Monumenta Germaniæ, t. IV de los Escritores.

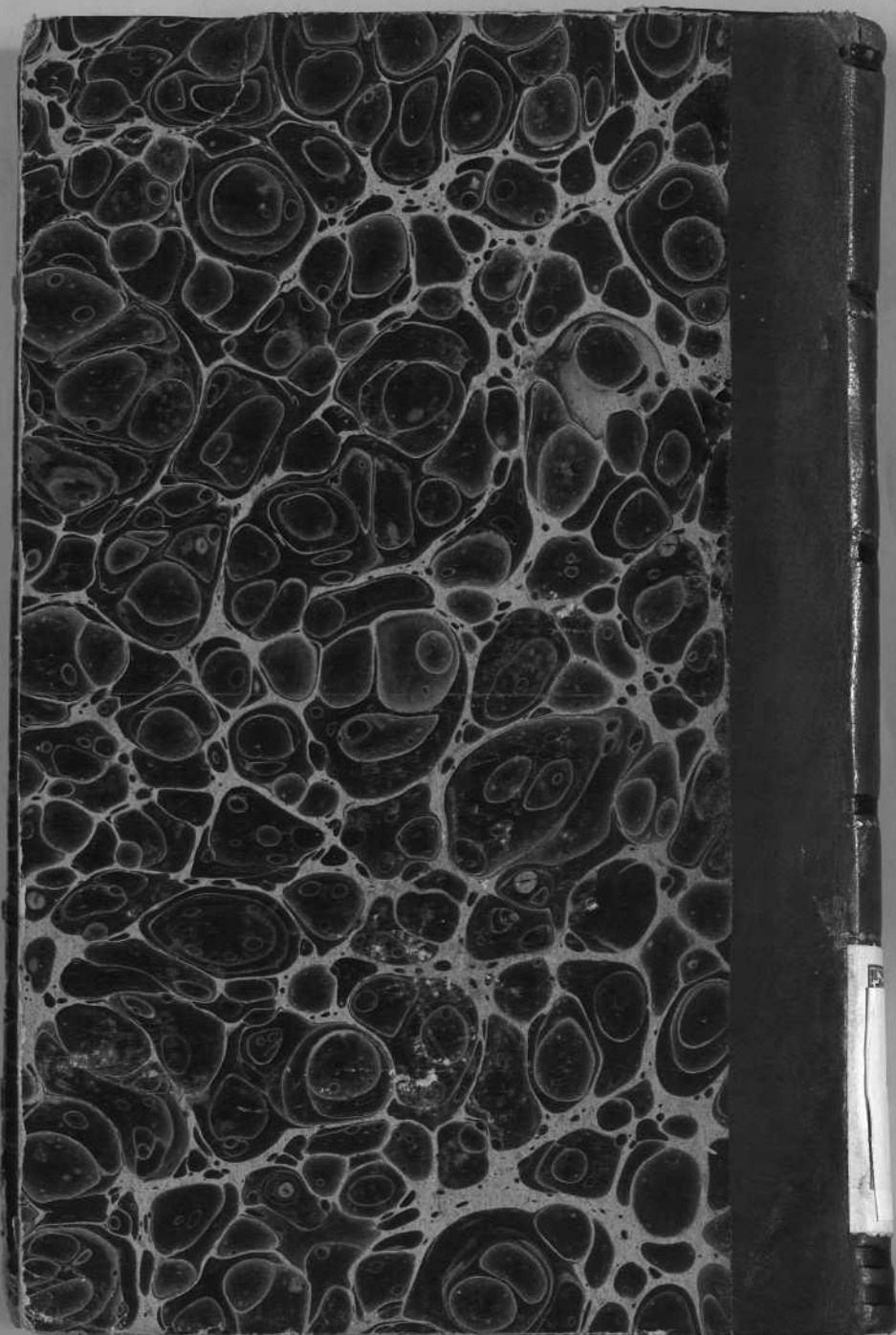
Zaid de Toledo, Extracto de su Tabacat al-omam, man. de Leiden, n. 159.

FIN DE LA OBRA.









EDICIÓN

INDICADORA DE

ESPAÑOLES

ALFABÉTICAMENTE

PROFESIONALES

DE SEGOVIA

82548